



Celia Lorenzo Ramos (2022). *Autofagia*. La Palma: Ediciones La Palma, 61 págs.

Reseña de acceso abierto distribuida bajo una [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/). / Open access review under a [Creative Commons Attribution 4.0 International License \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

DOI: <https://doi.org/10.24179/cel.16.2025.686-689>.

El amor y el odio son dos sentimientos complejos y cercanos: Edgar Allan Poe lo dictaminó de forma perfecta en su célebre cita *Years of love have been forgot, In the hatred of a minute* [Años de amor han sido olvidados, en el odio de un minuto]. Precisamente es esta pugna la que se puede ver en *Autofagia* (2022) de Celia Lorenzo, novela que ya desde el comienzo su autora *reseña* de forma lucida y poética a quien la lee:

AUToFAGIA

Didac, de doce años, lleva cuatro encerrado en el lagar de su abuelo,
con tintes de cotidianidad, aroma a infancia y atmósfera canaria,
descubre cómo se despierta la crítica paulatina en un niño,
cómo se explora el mundo desde el pensar ajeno,
cómo se desbarata la cortina que su abuelo había tejido,
cómo se engulle a sí mismo y a las ideas instauradas,
cómo se deslizan las hojas marchitas del sauce,
cómo se descorcha la gentileza infantil,
cómo se engendra la autofagia del juicio,
cómo se convierte en redención la cultura, cómo de liberador es imaginar,
cómo enardece la naturaleza (11).

Eso es lo que define esta historia que entremezcla lo complejo, lo convulso y la contradicción: sin duda, se trata de una novela muy interesante pues en ella no solo podrá verse a Didac, el protagonista, en sus *inicios* vitales, sino que, además, sus páginas despertarán en quien las lea odio, miedo y rechazo al mismo tiempo que ternura, imaginación y amor, con lo complejo que resulta tal asunto. El primer capítulo «I» (13-24) presenta a su protagonista y la situación que atraviesa: desde hace cuatro años su abuelo lo encerró en un lagar y vive al margen de la civilización, algo que denuncia una vecina y logra que trasladen a Didac a un orfanato en La Esperanza (Tenerife). Durante estas páginas se descubre por qué vivía con él y qué efectos ha tenido en el niño esta forma de vida que, entre otros asuntos, ha «disipado cualquier tipo de filtro» (21): «puta

y feminazi» (13), «sudaca» (13), «—Señora, pues, no es usted tan mala a pesar de ser sudaca y puta— dijo el niño» (13), «maricones, como todos los artistas» (14) o «bollera» (21) son algunas de las formas en las que Didac ha aprendido a describir y entender el mundo a través de los ojos de un abuelo que cree que la gente «negrata» (17) era la que «venía a robarle el trabajo y sus mujeres» (17).

Cargada de odio, inocencia e (in)consciencia a partes iguales, esta primera parte de la novela devela las aventuras de Didac en el orfanato junto a sus compañeros Zahir, Raúl, Kevin, el chico sin nombre y Laura, así como con la señorita Victoria; también se observa el mundo a través de los ojos de un niño que parece contar con grandes certezas vitales —«Cada uno sostenía un móvil. Pequeñas pantallas en las que resultaban ensimismados. Didac se preguntó, por qué si a ellos los dejaban estar despiertos hasta tan tarde, solo se quedaban en silencio mirando atentamente a esos bicharracos» (20)—; y, al mismo tiempo, se describe la importancia de la profesora Olivia, quien otorga a Didac uno de los mayores *poderes* que jamás han existido:

Didac comenzó a llorar desconsoladamente. Oliviar, sin saber qué hacer ni decir, [...] sacó un libro. *La metamorfosis* de Kafka. [...] El niño entre sollozos dio un portazo y corrió con el libro entre las manos [...]. Llegó a su habitación y enrabietado comenzó a leer. [...] Con el primer rayo de sol [...] Didac se quedó mirando el libro con lágrimas aún en los ojos. No podía creer que él no fuese un escarabajo. Por primera vez, algo fuera de las cuatro paredes del lagar le había hecho imaginar (22-23).

Precisamente es la *pérdida* de este *poder* la que cierra el primer capítulo del libro, pues la ausencia de la mencionada profesora hace que el protagonista crea que no puede volver a imaginar y deja entrever a quien lee, al mismo tiempo, parte de su sufrimiento, lo que permite comprender el porqué de su carácter:

El gesto de Victoria se relajó. Le explicó que Olivia no vendría más. Que ya tenía la capacidad suficiente como para retomar el cole en el año en el que lo había dejado. Didac se desplomó en el suelo. Agarró fuertemente a Victoria de la falda y comenzó a limpiarse las lágrimas con esta. Pataleaba como un niño de cuatro años. Eso quería decir que ya no volvería a imaginar. Era ahora uno de esos momentos en los que deseaba morir, como Victoria cuando fumaba. Era uno de esos momentos en los que no quería hablar, no quería ser feliz, como los chicos con sus móviles. Victoria se esfumó. Ahora

Didac estaba solo, llorando en mitad del pasillo. Del gran ventanal provenía una figura chiquitita, que le resultaba familiar. Destellos rojizos se dejaban ver en mitad del inmenso corredor. Era Tim. Había vuelto. Una vez más, como cuando se dejaba las uñas raspando la puerta, intentando salir del lugar, como cuando el abuelo bajaba sus pantalones (24).

De esta forma aparece el capítulo «2» (25-31), momento en el que se comprueba de nuevo cómo Celia Lorenzo aúna el odio y la repugnancia de un niño que ha vivido al margen de la civilización —«La muy hija de puta, aparte de ser una bola de sebo, también era malparida» (25), «puta zorra obesa» (27)— con la inocencia, la ternura y la capacidad de fotografiar la bonhomía en los detalles más (*in*)significantes de la vida:

—Señorita, se preguntará qué tanto observo la castaña. Verá, cuando era pequeño mi madre me decía que las castañitas tenían corazón. Así, si las abre, tienen una pequeña membranita que debe comerse primero que la castaña porque si lo hace de esta forma, corazón que no ve, ojos que no sienten, o algo así. Para cualquier otra persona hubiese sido una tontería más, un gentil delirio. Pero decidió probarlo, introdujo sus huesudos dedos en el cartucho del niño, cogió, peló y abrió una castaña, la aprisionó con su colosal dentadura de caballo y, allí estaba: un pequeño corazón en forma de semilla. Victoria había devorado una ingente cantidad de castañas y nunca se había percatado de esa minucia. Cuántos corazoncitos más pasarían inadvertidos, nimios. (26-27)

Era incapaz de contener el resentimiento por más de unos minutos. Cuando se enfadaba con Tim, inmediatamente se sentía solo, cuando se enfada con el yao, no cenaba. Definitivamente, prefería perdonar (29).

Este capítulo se cierra con la aparición de Haridían y Rafa, la familia adoptiva del protagonista y quien, por tanto, le permite «escapar» (31) del orfanato. Así, el capítulo «3» (33-43) desarrolla la vida de Didac en La Laguna junto a sus nuevos padres, entremezclando escenas cotidianas de la vida familiar con sus clásicos exabruptos lingüísticos y la llegada del *amor* hacia Amalia, esa chica de ojos verdes como uvas a quien (per)sigue a la biblioteca de su nuevo instituto. Sin embargo, esta cotidianidad desaparece de nuevo al final del mencionado capítulo, justo en el momento en el que *su* padre es arrestado por la policía y Didac es trasladado «en un coche ajeno, con su maleta y su libretita. De nuevo, solito» (43) a casa de su *nueva* madre: Herminia.

Con ella se llega al capítulo «4» (45-55), páginas en donde la fórmula narrativa del odio, el amor, la repugnancia y la ternura es desarrollada por Celia Lorenzo de manera excelente; se trata, además, de un capítulo en donde las *pequeñas* dosis de violencia verbal que se han podido ir observando a lo largo de toda la historia cobran sentido; y, en efecto, unas líneas en donde en el personaje manifiesta una violencia física que cobra lógica en el sentir general de la composición total:

El felino le traía obsequios periódicamente: ratitas regordetas, crías de gorriones, palomas desplumadas... Didac veía ahí un universo inexplorado, guardaba los cadáveres en su maleta, detrás de la casa. Hacía hendidura en el tórax de los animales y la revisaba diariamente. Agarró una rata, la colocó sobre una tabla con humedad, le dio la vuelta y decenas de gusanos brotaron de su alma. (49).

Esta penúltima parte permite seguir desentrañando la vida de Didac y ver cómo, quizás, una isla no es más que un pequeño reducto de tierra en medio del mar en el que las coincidencias existen. Se abre así el último capítulo que compone la novela, este es, el «5» (57-61): el protagonista hará gala de su amplio repertorio malsonante —«—Me cago en tus muertos» (57)— y quien lee comprende el porqué del título de una historia que se cierra con precisión sinestésica y que describe las consecuencias de una vida marcada por la violencia de ¿un ser querido?

Cargada de contradicciones, esto es, de humanidad, *Autofagia* (2023) se convierte en una pequeña novela llena de literatura, dolor, desarraigo, odio, cotidianidad, repugnancia, rechazo y abuso; es, al mismo tiempo, una novela con una prosa sencilla y poética, descriptiva y detallista a la par que abierta a la imaginación. Sus 60 páginas son, sin duda, un nuevo enclave de la Literatura de Canarias que está siendo escrita y que demuestran que en las islas todavía hay mucho —y muy bueno— por escribir; y sobre todo pone de manifiesto la que parece ser esa nueva tendencia literaria por escribir sobre aquello que es incómodo y escasamente amable, pero que no deja de ser, en fin, una parte esencial de la vida humana.

ALEJANDRO HERNÁNDEZ PÉREZ

<https://orcid.org/0009-0007-8084-7568>

Consejería de Educación, Formación Profesional, Actividad Física y
Deportes de Canarias / Universidad de La Laguna (España)

alu0100714739@ull.edu.es